

**Memoria del
III Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima**

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2007.

**Unidad habitacional en adobes de la Fase Armería
en la parte del predio Rancho Blanco.**

Marco Antonio Cabrera Cabello

Centro INAH-Colima

Trabajos como los de Paul Kirchhoff (1951), Miguel Covarrubias (1957), Isabel Kelly (1961), Otto Schöndube (1971), Carl Lumholtz (1981), Joseph B. Montjoy (1989), Leon Digué (1898), Richard Townsend (2000), han planteado un importante punto de vista sobre la delimitación del Occidente de México.

Isabel Kelly, Gordon Ekholm y Carl O. Sauer, dividen en catorce provincias cerámicas al Occidente de México: **Culiacán**, que incluye el bajo curso de los ríos Culiacán y San Lorenzo; **Guazave**, al norte del anterior, en el bajo río Sinaloa; **Tacuichamona**, de la sierra de este nombre, tierra adentro de Culiacán, se extiende a lo largo de la costa y comprende los valles del río de la Sal y del río Piaxtla; **Aztatlán**, nombre antiguo de la región comprendida desde Mazatlán, en el sur de Sinaloa, hasta el valle del río Grande de Santiago, en el norte de Nayarit; **Costa sur de Nayarit**, comprende de San Blas a Puerto Vallarta; **Interior de Nayarit**, en la parte sur, la región de Tepic y Compostela; **Ameca**, limita a la anterior por el sur y se extiende hasta las planicies de Jalisco, cuyo desagüe se hace por el río Ameca; **Martín Monje**, al suroeste del área anterior, comprende los pueblos de Tecolotlán, Tenamaztlán y Atengo; **Costa de Jalisco**, desde Tomatlán en el norte hasta Apazulco al sur, en la desembocadura del río Purificación; **Zihuatlán**, se extiende desde la Manzanilla, entre Zihuatlán y la desembocadura del Purificación, hasta cerca de Santiago en la bahía de Manzanillo; **Sayula-Zacualco**, en las planicies de Jalisco, al sureste de la zona de Ameca, ocupa la cuenca del lago de Sayula y se extiende al

norte hacia Zacualco, en las orillas del lago de San Marcos; **Autlán-Tuxtacueco**, al suroeste de Sayula, comprende el curso medio y bajo del río Ayuquila, con los afluentes de la cuenca de Autlán por el oeste y el curso medio del río Armería; **Colima**, comprende el territorio del estado del mismo nombre, en la costa desde Manzanillo hasta el valle de Coahuayana, en la frontera michoacana, y hacia el interior hasta los límites de Jalisco; **Apatzingan**, sin límites bien establecidos, se encuentra en la cuenca del río Tepalcatepec, en el occidente de Michoacán.

El Occidente, al igual que el resto de Mesoamérica, posee zonas de ocupación humana que alcanzaron desarrollos significativos. Es evidente que los habitantes que poblaron el valle de Colima en época prehispánica, se establecieron en partes llenas de ambientes geográficos bien definidos.



Imagen 1.- Mesoamérica.



Imagen 2.- Occidente de México.

Ignacio Marquina (1951), al hacer indicaciones sobre la arquitectura prehispánica de los estados de Colima y Nayarit, sugirió que casi nada se conocía de los edificios de esta región del Occidente de México, salvo por los objetos de barro que representan una extraordinaria variedad de formas, como basamentos de templos, calzadas y maquetas con representaciones de modelos a escala de casas. Otto Schöndube (1971) confirma que la mejor información sobre las manifestaciones

de casas se encuentra en las maquetas de barro de Nayarit, que integran modelos de viviendas, reproduciendo la forma y los componentes de las construcciones auténticas, que se edificaron con materiales orgánicos de paredes (hechas de carrizo, varas y aplanados de lodo), techos de dos o cuatro aguas (de paja o zacate), cimentaciones de piedras, a manera de basamentos; bajo una misma cubierta nunca hubo espacios con divisiones internas, pero algunas moradas se asentaron sobre basamentos con espacios abiertos a manera de patios. Las maquetas de Colima incluyen modelos de chozas de planta rectangular y circular, de techo copuliforme, amarrado con fibras entrelazadas, que a veces ostenta un ornamento zoomorfo en el remate.



Vista frontal.



Vista lateral.



Vista posterior.

Imagen 3.- Maqueta de casa de Residencial Tabachines.

En el entierro A2 de la Unidad 3, rescate arqueológico El Bajío, de la fracción “A” del Residencial Tabachines, Colima, se recuperó una maqueta de barro que representaba el cuerpo de una tortuga y contenía cinco figurillas de barro.

La combinación tanto de edificios de forma rectangular con patios hundidos como de forma circular, según Efraín Cárdenas García (1996), conforman el estilo Teuchitlán en el Occidente de México. Las distribuciones circulares que no presenten otros elementos asociados incorporados definitivamente en un mismo contexto urbano son, para él, el concepto de espacio arquitectónico definido en la porción meridional del Bajío, creado por un grupo cultural distinto que se manifiesta mediante la expansión de su arquitectura hacia el oriente del Occidente, modificando espacios públicos y rituales.

En vista de lo anterior, para el caso que nos ocupa, el patio hundido que se dio en los grandes centros del clásico desaparece como elemento arquitectónico para la fase Armería. Es evidente que los complejos Comala y Armería aportaron elementos de interés a los periodos siguientes, pero al discutir este punto debemos de tomar en cuenta que la definición de monumentalidad arquitectónica no sólo se refiere a volumen, sino también a la complejidad del diseño; en este caso se habla de una unidad domestica pequeña que conduce a parámetros todavía variables.

Por otro lado, también se reporta arquitectura funeraria desde el preclásico hasta el posclásico; pero podemos considerar que en un mismo espacio se están dando varias actividades, o en un sólo espacio se están dando dos actividades, uno de tipo domestico cotidiano y el otro funerario.

Ignacio Marquina es el primero en referir que en el Occidente abundan las construcciones de adobe, sobre pequeños montículos que señalan restos de habitaciones destruidas, de mayores y menores dimensiones, y que no se encuentran bien definidas debido a la falta absoluta de restos de los edificios que se hallaban sobre los montículos, que fueron construidos con materiales poco resistentes y que se destruyeron por completo.

El caso de Rancho Blanco.

Este trabajo es el resultado de las investigaciones de rescate arqueológico practicado en un espacio denominado como: “parte del predio rustico Rancho Blanco”, ubicado en la parte sur del municipio de Villa de Álvarez, Colima, con altitud de 400 m.s.n.m. Allí, en un área próxima a la trabajada anteriormente por Jaime Aguilar Rodríguez (2007, comunicación personal), se encontró una unidad domestica cuya ocupación se ubica en la fase Armería.

Con las exploraciones arqueológicas detectamos espacios arquitectónicos delimitados por muros de adobe; se pudieron registrar: accesos, corredor, escalón. Por otra parte, se documentaron áreas de actividad domestica y funerarias.



Imagen 4.- Plano de la unidad doméstica.

En este espacio obtuvimos entierros prehispánicos y diversos materiales cerámicos, líticos, de hueso y concha. El contexto arqueológico al que nos referimos representa una de las más claras muestras de espacio habitacional construido en adobe e incluso, los apisonados generalmente son el resultado de sellos a manera de rellenos compactados que fueron elaborados con lodo, arenas y tepalcates; toda esta mezcla sirvió para tapar los entierros, los cuales fueron distribuidos sobre el espacio habitacional en diferentes puntos y posiciones, con marcadores de adobe o de piedras a manera de muros.

Nuestros estudios preliminares de reconocimiento del terreno, la excavación y el análisis de los materiales arqueológicos, nos permitieron definir el hallazgo como unidad habitacional, que de acuerdo al tipo de material cultural rescatado, que corresponde a la fase Armería. Descartamos la idea de que su uso fuese ceremonial, tal y como lo concebimos en la actualidad, porque el tamaño y la disposición de los espacios arquitectónicos nos remite a una función doméstica, sin embargo no podríamos precisar la complejidad social de ese grupo.

La complejidad de la unidad doméstica es observada desde el elemento arquitectónico que la compone. Su orientación debe ser analizada con mayor detenimiento, considerando tanto los espacios interiores como exteriores, para determinar sus rangos funcionales. Sin embargo, siendo el corredor nuestro parámetro de visado, la unidad doméstica parece orientarse hacia los volcanes (norte), que corresponden a un nivel central.

La presencia de fogones nos indica actividades domésticas de preparación y consumo de alimentos. El cuadrante es arqueológicamente abundante en materiales que indican tales actividades.

Es indiscutible la asociación de materiales arqueológicos localizados al interior de la casa, con actividades domésticas, así como funerarias, lo que nos aproxima a un manejo específico de los espacios arquitectónicos.

El estudio del espacio arquitectónico de Rancho Blanco se realizó principalmente desde el aspecto espacial, que comprende la cercanía a un antiguo cause de río, ahora denominado Trejo, ocupado por la sociedad en diversas actividades de producción cerámica e incluso habitación de los mismos individuos que lo habitaron.

Concibiendo al medio natural como una unidad espacial, debemos tomar en cuenta que la arqueología también estudia la apropiación y modificación del espacio, que aplica al diseño de exteriores que requieren de elementos arquitectónicos que delimiten y cambien la dinámica misma de la organización estructural e incluso la función total del bien inmueble ocupado.

La casa se distingue por sus espacios abiertos y cerrados, cuartos y patios, fogón y basureros. Con el análisis de los materiales obtenidos consideramos que puede ser un buen indicador, dado que se obtuvieron más de catorce mil tepalcates, correspondientes a pastas domesticas, sobre una superficie de 225 m².



Imagen 5.- Muro este.



Imagen 6.- Fogón.



Imagen 7.- Canal.



Imagen 8.- Pasillo.



Imagen 9.- Detalle de acabado y desplante de muro.

La apropiación y el uso del espacio fueron determinantes para el desarrollo de los antiguos habitantes del lugar. Considerando el espacio de carácter habitacional, hemos constatado que la distribución o patrón se divide en secciones y áreas de actividad. El manejo del espacio como elemento arquitectónico, es pues, el primer componente que llama la atención, después del empleo del pasillo, escalón y muros.

En términos generales la unidad habitacional es pequeña, aprovechando al máximo el espacio y haciendo uso de elementos que son reiterativos en la arquitectura mesoamericana. Generalmente los sitios típicos del Occidente de México, consisten en unidades domesticas compuestas de una casa de un sólo

recinto, áreas de actividad específicas de trabajo de hombres y de mujeres, sin arquitectura ni escultura monumental de piedra en altos o bajos relieves, sino más bien fragmentos de conchas e incluso de caracoles trabajados.



Imagen 10.- Ofrenda.



Imagen 11.- Basurero.

Esta unidad doméstica presenta varias extensiones que ampliaban sus espacios de manera *sui generis*, de acuerdo a las necesidades de los residentes, como lo evidencian las ampliaciones y los adosamientos de muros.



Imagen 12.- Acceso tapado con piedras.

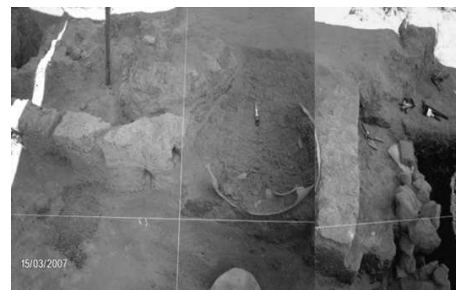


Imagen 13.- Acceso tapado con olla.

Los espacios arquitectónicos son estudiados desde muchos puntos de vista, pero lo que sí es cierto, es que, si comprendemos cómo están distribuidos, podremos conocer qué sucedió con los accesos, por ejemplo: uno de los accesos fue parcialmente tapiado con piedras por ambos lados, pero a diferencia del resto del primer nivel el acceso norte se encuentra más bajo y fue tapado por una gran olla, con ello la funcionalidad puede estar relacionada con la producción de artefactos.

Para poder entender las distintas secuencias de ocupación y poder definir las características de la población antigua, se tiene que comprender la prolongada ocupación que muestra su material cerámico, que va desde la fase Ortices hasta la fase Chanal. Al interior de una de las habitaciones se localizó un pequeño “altar”, a

manera de pedestal, muy próximo a un muro de adobes que indica la ubicación del entierro 2. Rancho Blanco representa la importancia de generar elementos de culto familiar al interior de la casa, que influyó y convivió con la dinámica cotidiana.

El contexto de nuestra unidad habitacional, es muy probable que haya sido parte de una aldea, cuyas construcciones estaban muy superficiales que con el tiempo se perdieron; habría de analizarse desde otras perspectivas, considerando la información de otros trabajos de investigación arqueológica realizados a sus alrededores, que conforman la superficie principal de esta aldea, y nos indican que el resto de las unidades domésticas tuvieron un sistema constructivo similar, el cual se puede inferir gracias a nuestra área de actividad doméstica registrada.

La estructura y su entorno tiene la mezcla de características del Occidente de México, en por lo menos 6 hectáreas, sin embargo, la extensión del asentamiento arqueológico al que corresponde es mayor, y muy probablemente colinda con otros restos prehispánicos, ubicados hacia la Hacienda del Centenario.

Para reconstruir la historia de los pueblos que habitaron Villa de Álvarez durante la época prehispánica, se realizan trabajos arqueológicos de la región de Colima, que tienen mucha más información, pero estamos seguros que debemos abundar más sobre los sitios o materiales arqueológicos congruentes con nuestro sitio de estudio.

Hablar de una unidad doméstica construida en adobes con las características particulares que nos ocupan, es una puesta a punto que genera infinidad de paradigmas, que nos llevarían, por ejemplo, a conocer la filiación étnica e incluso la densidad de población del contexto estudiado, donde se obtuvieron dieciocho entierros, de los cuales diecisiete son adultos y uno infante, así como cuatro correspondientes a animales.

Comprender el patrón de enterramiento al interior de la unidad habitacional de adobes, codifica la importancia del valor ritual de las prácticas mortuorias, que en dicho espacio condujeron a una distribución donde el común denominador de los enterramientos argüía a tipos primarios y secundarios de enterramiento, con los cráneos mirando hacia el este o hacia el norte. No todos poseían ofrendas, pero llama la atención una tumba excavada en el tepetate y flanqueada con piedras, que al igual que el resto de los entierros estaba tapada con argamasa de tierra, arena y fragmentos de tiestos.

Es importante señalar que si no tenemos la evidencia de los moldes con que se fabricaron los adobes, es porque fueron de madera, que es material orgánico y por ende ya no existen. En esta ocasión no presentamos resultados de su análisis estructural, pero tenemos muestras de adobes que serán flotadas y analizadas. Lo

cierto es que existe la simetría casi perfecta de los bloques, que miden 50 cm de largo, por 27 cm de ancho y 15 cm de altura. Fueron colocados de manera acostada y sólo tres parados, estos últimos median 75 cm de largo por 38 cm de ancho y 15 cm de altura. Cabe señalar que en uno de los adobes se observar impresa una huella de mano de niño.

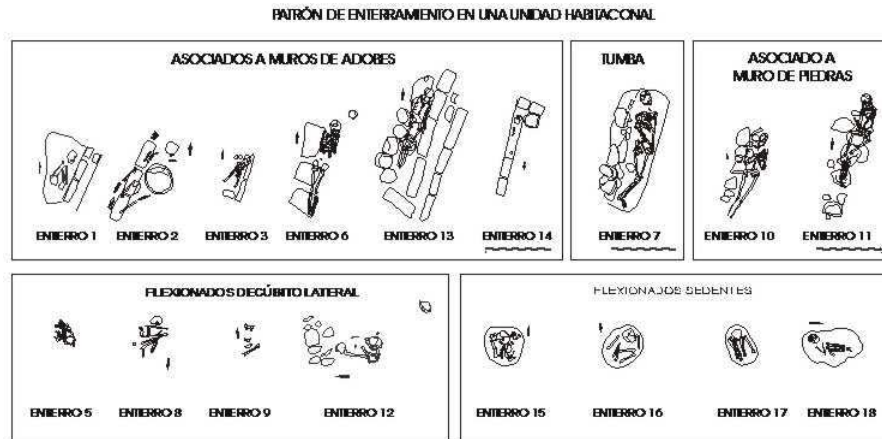


Imagen 14.- Entierros.



Imagen 15.- Adobes.

La dinámica misma de la estructura en adobes se define desde el título de este trabajo, que partió del estudio del espacio de su contexto arqueológico, como concepto ordenador de la unidad habitacional, para comprender su funcionalidad y ver las características individuales como objetivo coyuntural a partir de su entorno externo e interno en sus diferentes ambientes, demostrándose con las evidencias arqueológicas recuperadas.

No podemos pensar en concluir este trabajo debido a que el contenido es tendencioso, tenemos por ahora la pauta de las investigaciones, que pretendemos particularizar aun más, comparándolas y definiéndolas con nuevos descubrimientos, para proponer la mejor manera de explicar por qué las construcciones de este tipo deben tratarse con más cuidado, por lo tanto esperamos sea un principio de estudio para futuras investigaciones.

Cabe destacar que un estudio sistemático de la problemática de los asentamientos prehispánicos de Colima, tendría su referente en los descubrimientos graduales en sitios de actividad agrícola, dado que el Valle de Colima es atravesado por numerosos ríos que bajan de las montañas y volcanes, atendiendo a un espacio que está bien regado y compuesto de fértiles valles, cuyas condiciones son más propicias para cultivar, que en otras regiones fisiográficas.

Siller Camacho (2007), refiriéndose al estudio de la arquitectura prehispánica, indica que se ha analizado desde varias perspectivas, como los historiadores del arte que se basan en los estilos, pero poco se ha hecho por interpretar el estudio integral de las características y relaciones con el medio natural y geográfico, incluyendo los valores estéticos, históricos y funcionales, y se ha dejado de lado la arquitectura utilitaria y doméstica, lo cual no permite entender el conjunto de las diversas formas sociales de la producción arquitectónica prehispánica.

En un intento por reconocer el patrón de asentamiento del Valle de Colima, Gabriela Abdalá V. (2006) refiere que La Campana, El Chanal y Potrero de la Cruz, tomando como base la ubicación y su extensión urbana, manifiestan una estrecha relación con los factores geográficos, como la hidrología, la orografía, su localización con respecto a cerros y volcanes e incluso a astros y constelaciones; analizando las diferencias espaciales e implicaciones urbanas, como la proporción, la monumentalidad, volumetría, técnica constructiva, realizadas sobre plazas que descansan y poseen un clima, vegetación y relieve homogéneos, que no han cambiado en mucho durante 1000 años.

Adriana Fuentes Aguilar (1972) indica que para poder entender la arquitectura, desde la geografía espacial, se tiene por objeto la exposición de la superficie terrestre, comprendiendo a la población y las actividades relacionadas con el medio

natural, que inducen a tomar como punto de partida a las investigaciones geográficas como una unidad espacial.

Representar los espacios arquitectónicos generalmente en función al análisis de terrazas, plazas y accesos, nos llevaría a conocer la dinámica de la zona geográfica en la que se asentaron distintos grupos indígenas, debido a que cada espacio cultural comprende áreas o espacios con actividades propias, pero cada una está destinada a las áreas especiales, por ejemplo habitar.

Unidades habitacionales, talleres, áreas de producción, o los que son destinados a la agricultura, los barrios, los calpullis, las áreas cívicas, son parte esencial de los asentamientos, pero es necesario distinguir las actividades que se realizan en cada una de ellas. En la delimitación espacial hay que considerar las fluctuaciones culturales, la dinámica social, las interacciones de los asentamientos diversos en tiempo y espacio.

La apropiación y modificación del espacio donde se analiza tanto el sitio, como área de actividad; se requiere de zonas de habitación, de servicios y espacios arquitectónicos. Mangino Tazzer (1990) define las características del espacio desde todas sus perspectivas, enmarca a los espacios religiosos y los espacios administrativos, en la distinción de los edificios y sus espacios menores hasta la utilización de los accesos.

El estudio del espacio se ve latente en el análisis de los edificios arqueológicos, pero se debe tomar en cuenta la dimensión, uso, función y alcance del sitio y los procesos que se dan en el entorno material, cultural y natural, en el que se desarrollaron los grupos sociales del pasado.

Los informes arquitectónicos acerca del Occidente México son valiosos y nos pudieran servir, pero en el caso que nos ocupa, al observar evidencias parciales, estamos de acuerdo con Ignacio Marquina en que en la época más antigua existieron montículos de piedra y barro que cubrían entierros extendidos y en cuclillas, que en tiempos posteriores se han encontrado asociados a casas, incluso hasta el periodo colonial.

Bibliografía:

AGUILAR RODRIGUEZ, Jaime, Información personal (2007) (con respecto un rescate arqueológico que realizó en el municipio de Villa de Álvarez, Colima, en 2005) inédito.

ABDALÁ VÁZQUEZ, Gabriela Eugenia. "El urbanismo en el Occidente Mesoamericano. Sus determinante geográficas y astronómicas dentro del área de influencia del volcán de Colima". Tesis de

Doctorado, UNAM, 2006.

BRANIFF CORNEJO, Beatriz. *Introducción a la Arqueología del Occidente de México*. Universidad de Colima, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Conaculta, México. 2004.

CÁRDENAS, Efraín. "La tradición arquitectónica de los patios hundidos", en *Las cuencas del Occidente de México*. Eduardo Williams y Phil Weigan (eds.), El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación, Zamora, 1996.

CÁRDENAS GARCÍA, Efraín. "La arquitectura de patio hundido y las estructuras circulares en el Bajío: desarrollo regional e intercambio cultural", en *Arqueología y etnohistoria la región del Lerma*. Colegio de Michoacán Centro de Investigaciones en Matemáticas. XX Aniversario (1979-1999), p.41-73.

COVARRUBIAS, Miguel, *Indian Art of Mexico and Central America*, Nueva Cork, 1957.

DIGUET, Leon, "Notes sur certains pirámides des environs d'Ixtlan", *L'Antropologie*, Paris, Masson & Cie, tomo 9, 1898.

EKHOLM, Gordon, "Excavation on Guazave, Sinaloa", Nueva Cork, American Musen of Natural (*Antropological Papers*) 1942.

GENDROP, Paul. *Diccionario de Arquitectura mesoamericana*. México, Trillas, 1997.

KELLY, Isabel. *Ceramic Sequence in Colima: Capacha an Early Phase*. Tucson, Antropological Papers of the University of Arizona Press, 1980.

KIRCHHOFF, Paul. "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". México, ENAH (Suplemento de la revista *Tlatoani* 3), 1960.

LUMHOLTZ, Carl, *México Desconocido*, México, Instituto Nacional Indigenista (Colección Clásicos de la Antropología Mexicana 11), 1981.

MANGINO TAZZER, Alejandro. *Arquitectura mesoamericana. Relaciones espaciales*. Edit. Trillas, México. 1990.

MARQUINA, Ignacio, *Arquitectura Prehispánica*. México, 1951.

MOUNTJOY, Joseph B., "Algunas observaciones sobre el desarrollo del preclásico en la llanura costera del Occidente", en Marta Carmona Macias (coord.), *El preclásico o formativo, Avances y perspectivas. Seminario de Arqueología Dr. Piña Chan*, México, INAH, Museo Nacional de Antropología, 1989, pp. 11-26.

SAUER, Carl O., "Cultural Geography", en Pilip L. Wagner y Marvin W. Mikesel (eds.), *Readings in Cultural Geography*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1962. pp. 30-34

SCHÖDUBE, Otto, "Algunas consideraciones sobre la arqueología del Occidente de México", en Betty Bell (ed.), *The Arqueology of West Mexico*, Ajijic Jalisco, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México. AC., 1964 pp. 1.5

SILLER CAMACHO, Juan Antonio, "Arquitectura en Mesoamérica II. La Construcción de los Espacios", en *Arqueología Mexicana. Los Totonacas*, vol.XV-85, pp. 20-27, 2007.

TOWNSEND, Richard F., "Introducción: renovando las investigaciones en el antiguo Occidente de

México”, en *El antiguo Occidente de México. Arte y arqueología de un pasado desconocido*, México, The Art Institute of Chicago/Secretaria de Cultura del Estado de Jalisco, 2000, pp. 19-37.